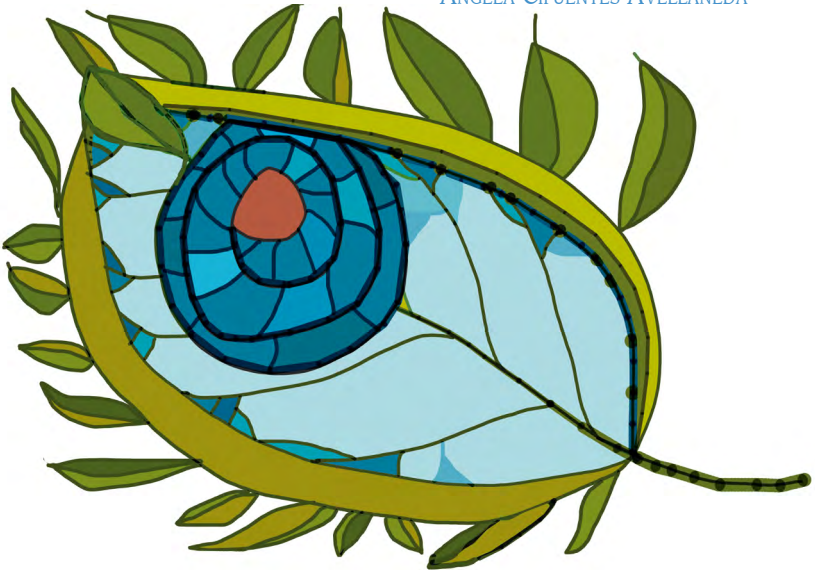


LO QUE EXISTE DETRÁS DE LAS PUPILAS

ÁNGELA CIFUENTES AVELLANEDA



Tenía una mirada de café de la mañana, de lechuza blanca y de secuoya milenaria. Llevaba tres días lanzando el anzuelo al sueño profundo o a la pérdida de conciencia, lo único que había logrado era insomnio, taquicardia y

síntomas de delirio de persecución. Sacó el último recurso, lo mezcló en un shot de tequila que bebió de golpe. Intentando ignorar la falta de pulcritud de la habitación, el temblor de las manos y los ojos inyectados, buscó ante el espejo el momento esperado: las pupilas dilatadas, ese sería el indicio.

Pasó el tiempo viendo cómo la luz de una lamparita tubular, envuelta en tela naranja, se rompía en fractales ante cualquiera de sus movimientos. Veinte minutos después contempló con emoción el inicio de la expansión de sus pupilas. Las sensaciones corporales parecían no haberse alterado, pero en su mente comenzaban las divagaciones:

—¿Qué tipo de sustancia contienen las pupilas? Tal vez una masa fácil de aplastar, ¿cristalina quizás? Probablemente poner un pie sobre ella produzca la misma excitación que cuando se pisan hojas secas. Y ¿qué existe detrás de las pupilas? Definitivamente el cerebro, ¿sustancia gelatinosa acaso? ¿Realmente será materia gris?, gris no es un color. Si abriera en este momento mi cabeza el cerebro luciría más bien púrpura, púrpura con destellos tornasolados de azul cobalto. Esos sí son colores. El gris no es un color, definitivamente no. ¿Qué habrá mucho más atrás del cerebro?, obviamente el hueso.

Las pupilas habían alcanzado el diámetro ideal.

—Qué manera de pensar tan absurda y poco profunda. ¿Qué clase de preguntas son estas? Pero, exactamente, ¿qué hueso del cráneo será la antípoda de esta pupila dilatada? ¿El occipital será el hueso?, ¿Como Colombia en comparación con Indonesia? Una pésima analogía, Indonesia y Colombia carecen de pupilas. ¿A qué punto he llegado? Al punto de entre las pupilas

y el cráneo, ¿entre el cerebro? ¿Qué hay detrás de las pupilas, además de lo palpable? ¿Están las ideas flotando o más bien tejidas por el manto de neuronas? Un manto de neuronas, sueña poético. ¡No! Es absurdo. ¿Qué más hay en la metafísica del cerebro? Recuerdos tristes que queman el alma, amores felices de aguas dulces y saladas. Está la memoria, laberinto con piezas sin autoconciencia.

De repente, ¡BOOM!, estalla ese sueño diluido que persigue completar. No sabe si lo que ve es un invento, un efecto del polvillo de cristal, un antiguo relato, un vaticinio. No importa, allí reaparece *la ciudad sin espejos*.

Un par de décadas atrás se había destruido la última superficie que permitía la reflexión de la luz. Dicen las voces que quedaron en el viento que todo empezó cuando los sacerdotes explicaron a los humanos que en el reflejo propio se iba el principio de Dios. Aterrados, se aceleraron a romper y fundir los espejos y cualquier otra fuente capaz de hacer procesos de reflexión. La advertencia corrió rápidamente a los oídos de todas las personas, pues siglos atrás habían intentado matar a los dioses y conocían ya las dramáticas consecuencias. No podía ocurrir lo mismo nuevamente. Lo que no sabían, los sacerdotes ni los pueblos, era que con el tiempo no verse a sí mismos iba a hacerlos olvidar de su humanidad. El mundo no tenía salida, ya no era un lugar para los dioses ni para los hombres.

Pasados unos meses de no verse a sí mismos, los humanos se empezaron a aislar, tuvieron miedo el uno del otro porque en los ojos del prójimo veían su propio reflejo. Poco a poco olvidaron reír, hablar, mirar al frente. Se fueron encogiendo por dedicar horas a buscar y secar las fuentes de reflejo del agua.

La tierra se volvió un solo desierto. Aquellos que no encontraron más su reflejo primero sintieron la arena en sus ojos, luego sus pupilas se opacaron, quedaron ciegos; finalmente, se anclaron en las dunas de arena. Quienes encontraron algún cristal sobrevivieron por más tiempo, pero la imagen distorsionada no era suficiente para mantener la chispa de la vida. Ellos también morirían petrificados, condenados al olvido de sí mismos.

Tras pulir el lente, el hombre encontró la mancha. Una huella dactilar opacaba aún más la corta visión que le proveían unos espejuelos quebrados. Luego, miró con mayor detenimiento, se vio a él mismo mirando el lente; el reflejo no correspondía con el recuerdo que había guardado de la última vez en que intentó verse. Era obvio que nunca iba a volver a ver su propio reflejo sin ninguna distorsión, pero lo que se veía a través del cristal ya ni siquiera se asemejaba a un rostro refractado. Comprendió que cuando se pasan tantos años sin ver un rostro, por más amado o cercano que haya sido, siempre se tiende a olvidarlo. Se pasó las manos por la cara, la palpó de arriba abajo. Tocó la frente, los ojos, las mejillas, la boca, el mentón; la piel de su rostro era tan áspera como la de sus manos. Se estaba convirtiendo en piedra; eso era lo que siempre terminaba por pasar en la ciudad sin espejos.

Miró a su alrededor, la misma arena de siempre destellando por el intenso sol. Al horizonte se veían unos pocos humanos terminando de experimentar el proceso de petrificación. La mayoría se encontraban ya inmovilizados, hechos uno con la arena. Por la piel agrietada escorpiones, langostas, hormigas o escarabajos aprovechaban para diseñar refugios laberínticos

y de paso conseguir algo de alimento. Las alimañas se movían rápidamente devorando de afuera hacia adentro, antes de que solo quedaran partículas de mineral. Podían durar unos siete días en desocupar un cuerpo. Parecía poco, pero para el mártir las siete vueltas de la tierra eran comparables con la eternidad. Sólo los humanos más afortunados morían en menor tiempo. De vez en cuando, junto al petrificado, llegaba una serpiente y si el humano aún disponía de algo de movimiento, la provocaba para ser mordido; no era una muerte inmediata, pero al menos era cuestión de horas.

—¡Qué desperdicio de energía y de espacio! ¿Cómo puede contener el cerebro una historia semejante?

Solo habían pasado un par de minutos, pero mientras deambulaba entre alucinaciones, voces y pensamientos, sus pupilas habían transitado por la inmortalidad y lo eterno. Pequeñas hormigas viajaron del cuerpo de los petrificados a esta simple realidad. Corrían por las líneas agrietadas de sus manos en un movimiento de patitas aceleradas que se oía como un cabalgar de antílopes perseguidos. Mientras intentaba descifrar el lenguaje de señas anidado en las antenas de las hormigas, sintió un entumecimiento en todo el cuerpo y en sus propios pensamientos. Quedó en una posición catatónica, su conciencia se nubló. Vacío, no queda nada.

El tiempo pesado terminó, volvió a ver con nitidez su figura ante el espejo. Miró sus manos lisas, limpias ante cualquier vestigio de vida. Observó su rostro y fijó la mirada en la última contracción de sus pupilas. Este mundo no era más que este mundo. No importa, nuevamente tenía una mirada de café de la mañana, de lechuza blanca y de secuoya milenaria.

